

JOSE MARIN CAÑAS

Primero ví pasar a Pedro Arnáez, iba como meditabundo, como siguiendo los pasos del coronel Lavalle en pos de alguna aventura más. Después me di de bruces con José Marín Cañas. Más viejo que Arnáez, pero altivo y rotundo como aquel. Estaba en un banquillo de la Escuela de Periodismo, con su pierna bien cruzada, su "Borsalino" ligeramente ladeado y un paraguas de mercado que estrangulaba entre sus manos gesticulantes. Yo figuraba entre los muchachos que le hacían círculo para escucharsus historias, sus adjetivaciones restallantes, sus anécdotas hilarantes.

Tuve allí el primer impacto ante un hombre que —pensé— tanto anduvo buscando Diógenes. No razonaba siempre como él, y todo lo que decía me parecía atrevido y a la antigua, pero estuve seguro desde un principio que estaba en frente del tipo que yo mismo quería conocer, disfrutar. Sus asertos sobre el papel de la juventud, sobre las actitudes políticas de este siglo, sobre la enseñanza del periodismo y sobre muchas otras cosas, me parecían reaccionarios, pero estaban tan bien expuestos y respaldados por argumentaciones tan fuertes, que muchas veces quería creer que fueran ciertos. Hombre duro como granito y esquivo en las conversaciones baladíes, generalmente me cortaba las palabras y mi deseo de charlar largo con él para aprovecharme de su enseñanza, viose multi- tude de veces frustrado.

No pasó mucho tiempo sin que nos enfrentáramos: él no admitía indicaciones de sus alumnos y se negaba rotundamente a oír la voz de su clase sobre cómo deberían ser las lecciones. "Si no les gusta, me pongo mi Borsalino y me voy", decía. Yo lo vi como un troglodita, pero en ningún momento dejé de pensar que era lo que aspiraba Unamuno: "todo un hombre".



Carlos Morales

Recto sin vericuetos, franco hasta la grosería y sólido en su pensamiento hasta los mayores sacrificios, Marín Cañas me pareció siempre el hombre auténtico, el apasionado que ya casi no se consigue, el valiente y digno q' está dispuesto a defender sus principios en todos los terrenos y sin escatimar comodidad personal. No sólo es el escritor depurado, imprevisto y emotivo en sus imágenes, sino el hombre seguro, el Tomás Moro que no cesa en sus convicciones.

Estuve en desacuerdo con él y todavía sigo en desacuerdo, pero no sé qué intuición me decía que tenía que frecuentarlo, que era el hombre ideal para inspirar a un joven que añora la rectitud, la entereza y la dignidad. Esas sus cualidades las confirmé cuando una tarde llegué para entregarle un libro y me reventó la puerta en las narices. Estábamos en una lucha y su actitud era perfectamente acorde con lo que creía. En vez de salir molesto, salí con mi libro bajo el brazo satisfecho de haber encontrado a un ser valiente que incómodo como estaba no me engañó con zalamerías.

Después del gran conflicto pasé años sin verlo, pero un día, después de un brillante artículo suyo, lo abordé en un café y lo felicité, le demostré que nunca había dejado de admirarlo y que la pelea no era bilateral. De allí, de esa cantina, salió el "Café de las Cuatro", sección que inventé con él y quise iniciar con él, pero se negó. Los cafés de las cuatro con Marín Cañas como protagonista los disfruté solo, en privado, sin grabadoras ni fotografías. Todavía hoy los practicamos de vez en cuando y del recelo pasamos a ser amigos, una amistad que se cimentó en mi admiración por él y que no parecen perjudicar ya las contradicciones en que siempre estamos.

Al amigo, al hombre ejemplar de estatua incommovible, fue a quien solicité un prólogo para mi libro. Lo hizo con afecto, sin dejar de pensar como piensa y sin dejar de criticar mis diversos puntos de vista. Es verdaderamente un prologuista inusual, un escritor inusual, porque José Marín Cañas es un hombre muy poco usual y de allí mi gran satisfacción de que estemos juntos — aunque enfrentados— en esos 7.000 ejemplares que bajo el nombre de "Los hechiceros del siglo XX" puso a circular ayer el Ministerio de Cultura.